

corona del martirio retirándose de aquel lugar (1). Habiéndolos llevado á casa de una señora que vivía en la misma ciudad, respondió que estaba determinada á trasladarse á la iglesia, para morir allí con los demas fieles. No obstante, entregó aquel depósito á sus criadas, y las encargó que cuidasen de él; pero protestaron todas ellas que irían en seguimiento de su ama. Poco despues concurren á la iglesia muchas señoras de la principal nobleza, acompañadas de sus hijas y criadas, diciendo que iban á morir por su Religion, olvidándose de la arrogancia, y en cierto modo de la severidad de las costumbres del Japon, donde jamás se presentan en la calle sino acompañadas de una numerosa comitiva. Muy en breve siguieron el ejemplo de las mujeres cristianas todos los fieles, no solo de Vosuqui, sino tambien de los lugares circunvecinos; y cuando se les preguntaba cuál era su designio, respondían del mismo modo, que iban á morir por la fé. Sin embargo, con el regreso del rey se dispó la conmocion, pero hasta entonces habian permanecido los fieles en la iglesia de dia y de noche. No pudiendo las señoras ejecutar lo mismo por no permitirlo la decencia, se retiraban á casa de una de las mas distinguidas y animosas, sin perder de vista el peligro para presentarse en el momento en que viesen correr las primeras gotas de sangre.

De este modo sostenia en el Japon el sexo devoto el honor de haber sido el primero que consiguió la corona del martirio (2). Para confundir á un mismo tiempo la fuerza del hombre y la grandeza del mundo, habia elegido el Señor lo mas vil que al parecer hay en la naturaleza humana. No teniendo iglesias los fieles perseguidos en Firando, iban á hacer oracion al pie de una cruz que habian colocado fuera de la ciudad. A una mujer cristiana, esclava de

un pagano, la prohibió su amo que fuese allí, diciéndola espresamente, que pagaria con la muerte su desobediencia. Respondió con serenidad la esclava que la muerte no atemorizaba á los cristianos; y el día siguiente fué á la Cruz á hacer oracion con los demas fieles. Avisado de ello el idólatra, salió furioso de su casa para ir á buscarla, y habiéndola visto á lo lejos, cuando estaba ya de vuelta, echó á correr con sable en mano para degollarla. La generosa esclava se puso de rodillas sin alterarse, y el bárbaro la cortó la cabeza.

Todas las virtudes florecen en igual grado entre los fieles del Japon (1). Era admirable su fervor, y sin embargo de esto estaban poco satisfechos de sí mismos, y así se acusaban continuamente de cobardía, y apenas se creían dignos del nombre cristiano. Era tan grande su delicadeza de conciencia, que costaba mucho trabajo tranquilizarlos, aunque fuesen muy comunes las faltas que hubiesen cometido, y estaban tan dominados del espíritu de penitencia, que se necesitaba toda la autoridad de los misioneros para impedir que arruinasen su salud. Un portugués, que habia sido testigo ocular de todo, y particularmente de la cristianidad de Firando, escribia á Europa, que en toda la Iglesia no habia religiosos á quienes no escediesen en la práctica de los ayunos y de todo género de austeridades; que al ver á aquellos neófitos, cuando estaban en oracion, se los hubiera tenido por unos contemplativos consumados; en una palabra, que, despues de haber presenciado aquel espectáculo, no se atrevía á considerarse á sí mismo como cristiano (2). Todos los europeos que habian estado en el Japon, se esplicaban del mismo modo, y no sabian luego hablar de otra cosa en cualquier parte donde se hallaban. Fué admirable, sobre todo, en el centro de la corrupcion idólatra, esto es, en la ciudad de Sacai, que era

(1) *Hist. Ecles. del Japon*, l. 5.

(2) *Ib.* l. 2.

(1) *Hist. del Jap.* l. 2, § y 4.

(2) *Ib.* l. 4, p. 272.

la mas fuerte, la mas rica, agradable y voluptuosa del Japon; fué admirable, repito, en este centro de la sensualidad y corrupcion, un niño de catorce años, que parecia, mas bien que un mortal, un serafin abrasado con los mas vivos ardores del amor divino (1). Tenia una hermana, la cual dió á ambos sexos en el Japon el primer ejemplo, que movió á otras muchas personas jóvenes á consagrarse al Señor con el voto de castidad perpétua.

Una mision tan floreciente, esparcida en todas las provincias de un imperio de trescientas leguas de longitud y sesenta de latitud, no tenia mas ministros sagrados que cincuenta jesuitas entre japoneses y europeos con un número mayor de catequistas nacionales. Muchos neófitos que no habian visto ningun sacerdote en una porcion de años, lejos de profanar su bautismo, crecian de dia en dia en fé y en fervor; de suerte, que la iglesia del Japon tenia un gran recurso en sí misma, esto es, en las personas seglares de todas clases; y muchas veces en los príncipes, que se convertían en apóstoles de sus vasallos, y no creían cumplir mas dignamente con el cargo de padres de los pueblos, que conduciéndolos por el camino de la virtud y de la felicidad suprema. Sin embargo, no bastaban los operarios evangélicos para la instruccion de los idólatras, pues la mayor parte de ellos morían en la infidelidad por no encontrar una mano caritativa que los sacase de ella. Para inclinar hácia ellos las miradas compasivas del Vicario de Jesucristo, y agregar de un modo solemne al cuerpo de la Iglesia la hermosa porcion con que le habian acrecentado tantos japoneses convertidos, convinieron los misioneros con el rey de Bongo, con el de Arima y con el príncipe de Omura en enviar una embajada á Roma para rendir homenaje y obediencia al Sumo Pontífice

en nombre de aquellos príncipes y de todos los fieles del imperio.

El rey que reinaba entonces en el Bongo era todavia Civandono, el cual habia recibido en otro tiempo á San Francisco Javier; príncipe célebre ya desde entonces por su sabiduría y cuya celebridad fué luego creciendo en tanto grado, que las demas córtes del Japon creían no poder errar cuando seguían los ejemplos ó los consejos de Civandono. Su valor y destreza eran tan iguales á su prudencia, que en el momento en que fué destronado su hermano, y en que parecia inevitable su propia ruina, quitó á los usurpadores cuatro reinos, y los reunió á sus Estados, con lo que llegó á ser uno de los soberanos mas poderosos del Japon, pues solo del Bongo habia sacado un ejército de sesenta mil hombres. Despues de haber estado dudoso mucho tiempo este príncipe, habia correspondido por último á las esperanzas y deseos de San Francisco Javier, abandonando los deleites que le habian movido á permanecer en el paganismo, y redimiendo con la emi-nencia de sus virtudes el tiempo que habia perdido mientras estuvo entregado á los vicios. Estaba tan firme en la fé, que juró públicamente, que aun cuando todos los misioneros, todos los cristianos de Europa, y el mismo Papa, llegasen á renunciarla, estaria él siempre dispuesto á derramar su sangre por defender hasta su último artículo. Edificó una ciudad, poblada toda ella de cristianos, para retirarse allí despues de colocar á su hijo en el trono, á fin de no pensar sino en las cosas de Dios y no ver á los idólatras, cuyo encuentro le obligaba á llorar amargamente. En cuanto á la observancia de las leyes evangélicas, prometió desde luego á Dios perder la vida antes que consentir en la violacion de ningun precepto, y despues hizo voto formal de seguir todos los consejos que le diesen sus confesores, no solo en las cosas de obligacion, sino tambien en cuanto pudiese contribuir á perfeccionarse mas y mas en la vida cristiana. El joven

(1) *Hist. del Jap.* l. 4, p. 187 y 188.

rey de Arima y su tío el príncipe de Oruma, tenían casi las mismas disposiciones que el rey de Bongo.

Fueron elegidos por embajadores un sobrino del rey de Bongo, un primo hermano del rey de Arima, y dos grandes emparentados con este último monarca, todos cuatro tan á propósito por su mérito como por su nacimiento para sostener en Europa la gloria del Japon y jóvenes dotados de un valor capaz de arrostrar todos los trabajos y peligros de un viaje tan temible. Se les nombraron por guías é intérpretes algunos misioneros, que los condujeron desde luego á Macao, ciudad china la mas inmediata á las colonias portuguesas, pasando por mil tempestades y peligros, á que solo pudieron esponderse en fuerza de la fé viva de que estaban animados. No les fueron mas favorables el mar y los vientos hasta que llegaron á Goa, y mientras estuvieron en las playas frecuentadas por sus compatriotas; pero despues navegaron felizmente, y no tardaron mucho tiempo en llegar á Lisboa. En esta ciudad que, como todo Portugal, estaba sujeta al rey de España, en todas las plazas de los dominios de aquel príncipe por donde pasaron, y especialmente en la corte de Madrid, los honraron y obsequiaron á porfia los mas principales caballeros. El rey Felipe los recibió en pie, los abrazó, les manifestó el mayor aprecio, así con respecto á sus personas como á las de los soberanos á quienes representaban, les hizo una visita, y cuando marcharon á Italia dió orden para que en todas las ciudades de sus dominios, por donde pasasen, se les hiciesen los mismos honores que á su propia persona.

Llegaron á Roma el día 20 de marzo de 1585, y Gregorio XIII, tan lleno de gozo como de celo (1), no conoció otros límites en la acogida que les hizo que la imposibilidad de ejecutar mas. La audiencia que se les dió

(1) *Cont. de Ciac. t. 4, p. 11; Mocant. t. 11 Viator.*

en consistorio pleno, y en la sala que llaman la Real; su marcha en medio de la caballería ligera del Pontífice y de los suizos de su guardia; las carrozas de los embajadores de Francia, España, Venecia y demas Estados católicos; la nobleza romana á caballo; los cardenales y todos los empleados de palacio vestidos de encarnado; las salvas de artillería, el repique de las campanas, y la armonía de una infinidad de instrumentos músicos, todo contribuyó á que fuese esta ceremonia sumamente pomposa, tierna y magnífica. Luego que subió á su trono el Padre Santo, se presentaron los embajadores con las credenciales en la mano, se postraron á los pies de Su Santidad, y despues declararon en voz alta y perceptible, que habian ido allí desde el fondo del Oriente para confesarse súbditos del Vicario del Salvador de todos los hombres, y rendirle homenage en nombre de sus soberanos y de todos los fieles del Japon. El piadoso Pontífice, que se habia enternecido en extremo al ver aquellos orientales fervorosos, derramó un torrente de lágrimas luego que los oyó. Los levantó, los abrazó muchas veces con cariño, y los colmó de demostraciones de afecto, cuya memoria les duró toda su vida. Se leyó despues el contenido de las credenciales, en que los príncipes que las enviaban se quejaban amargamente de las ocupaciones del trono, las cuales no les permitian ir en persona á ponerse á los pies del Santísimo Padre de la cristiandad, y luego con todo el entusiasmo de la sensibilidad oriental bendecian mil veces las misericordias del Señor y la caridad de su Vicario en la tierra, por haberlos alumbrado con las luces que los habian sacado de las sombras de la muerte. Ningun cardenal pudo contener las lágrimas al oír esto; y el Papa mas enternecido que nadie, dijo muchas veces, volviendo á abrazar á los embajadores: «Ahora, Dios mio, despues de este dichoso dia, morirá en paz vuestro siervo.»

No tardó en verificarse esta especie de

presagio (1), pues al cabo de quince dias, en los cuales vió el Papa muchas veces privadamente á los embajadores, con quienes no se cansaba de hablar, convocó para el otro dia un nuevo consistorio, con ánimo de asistir á él; pero esperiméntó de repente una debilidad tan grande, que se vió precisado á dar contraorden. El dia siguiente, 10 de abril, pareció que estaba mucho mejor, y él fué el primero que procuró tranquilizar á sus sobrinos, los cuales, despues de haber dado algunos paseos con el Papa dentro de su cuarto, se retiraron sin ningun cuidado; pero al cabo de algunas horas se apoderó de él repentinamente una palidez mortal, y habiendo acudido los médicos, le declararon que no podia vivir dos horas. «Tráiganme mi crucifijo (respondió el piadoso Pontífice), y vayan á buscar el santo Viático.» Se persignó muchas veces, encomendó su alma á Dios, y estuvo haciendo oracion algunos momentos con mucho fervor, despues de lo

cual empeoró de tal modo, que solo se le pudo administrar la santa Uncion. Luego que la recibió exhaló el último aliento, á los ochenta y cuatro años de edad, y trece casi cumplidos de Pontificado. Gregorio XIII, piadoso é instruido, especialmente en la jurisprudencia, en cuya facultad nadie le hizo ventaja en su tiempo, prudente y moderado, frugal y severo en sus costumbres, generoso y benéfico, subió á la Silla Apostólica adornado de todas estas virtudes, las que adquirieron en ella un aumento considerable. Pareció haber ascendido á esta gran dignidad para marcar sus obras con el sello de la grandeza. La mayor parte de los dias de su Pontificado fueron dias ilustres, y es de presumir que le hubieran dado el renombre de Grande, si ya no le hubiese obtenido antes el Papa San Gregorio. El día 24 de abril se eligió por sucesor suyo al famoso Sisto V, príncipe todavía mayor y Papa no menos grande.

## LIBRO SEXAGÉSIMO-NONO.

**Desde el principio del Pontificado de Sisto V en el año de 1585, hasta la reconciliacion del rey Enrique IV con la Iglesia romana en el de 1595.**

**Sisto V**, antes cardenal de Montalto, obispo de la pequeña ciudad de Santa Agueda, en el reino de Nápoles, general de la orden de San Francisco, donde fué para él una gran fortuna tomar el hábito; y hablando de mas lejos, Felix Peretti, pastorcillo en la aldea de Montalto, si-

tuada en la Marca de Ancona, saltó el enorme intervalo y todos los escalones que habia entre la cabaña de su padre y el trono del Vaticano, tanto por su gran talento, como por una elevacion y firmeza de alma, que pocas veces se halla aun en la mas alta gerarquía (1).

(1) *Cont. de Ciac. t. 4, p. 5 y sig. B. del C., tomo XX.—VII.—HISTORIA ECLESIASTICA.*

(1) *Ciac. ad ann. 1585; De Thou, l. 42; Greg. Lit. t. 5.*